

LA MEMORIA, LA HISTORIA, EL OLVIDO PAUL RICOEUR

E D I T O R I A L T R



La memoria, la historia, el olvido

Paul Ricoeur

Traducción de Agustín Neira

E D I T O R I A L T R O T T A

la archivación, de la explicación e incluso de la comprensión. Pero la crisis del testimonio después de Auschwitz se libra en el mismo espacio público que el de la historiografía.

V. LA PRUEBA DOCUMENTAL

Volvamos al historiador de los archivos. Él es su destinatario en cuanto que las huellas fueron conservadas por una institución con vistas a ser consultadas por quien está habilitado para ello, según las reglas sobre el derecho de acceso, los plazos de consulta que varían según la categoría de los documentos.

En esta fase se plantea la noción de prueba documental, que designa la parte de verdad histórica accesible en esta etapa de la operación historiográfica. Dos preguntas: ¿qué significa probar para un documento o un conjunto de documentos? ¿Y qué se prueba así?

La respuesta a la primera pregunta se desarrolla en el punto de articulación de la fase documental con la fase explicativa y comprensiva, y, más allá de ésta, con la fase literaria de la representación. Se puede vincular una función de prueba a los documentos consultados, precisamente porque el historiador accede a los archivos con preguntas. Por ello, las nociones de planteamiento de cuestiones y de cuestionario son las primeras que hay que establecer en la elaboración de la prueba. El historiador inicia la investigación de archivos cargado de preguntas. Marc Bloch, una vez más, es uno de los primeros, en contra de los teóricos que él llamaba positivistas y que nosotros preferimos llamar metódicos, como Langlois y Seignobos⁵⁶, en poner en guardia contra lo que considera una ingenuidad epistemológica, a saber, la idea de que podría existir una fase número uno en la que el historiador reuniría los documentos, los leería y valoraría su autenticidad y su veracidad, tras lo cual vendría una fase número dos en la que haría uso de ellos. Antoine Prost, en *Douze Leçons sur l'histoire*, recalca con fuerza, después de Paul Lacombe⁵⁷, esta importante declaración: no hay observación sin

56. Para una lectura más equitativa de C. Langlois, C. V. Seignobos, *L'Introduction aux études historiques*, Hachette, Paris, 1898 [trad. cast. de Domingo Vaca, *Introducción a los estudios históricos*, Daniel Jorro, Madrid, 1913], cf. Antoine Prost, «Seignobos revisité»: *Vingtième Siècle, revue d'histoire*, 43, julio-septiembre (1994), pp. 100-118.

57. Antoine Prost, *Douze Leçons sur l'histoire*, Seuil, Paris, 1996 [trad. cast. de Anacleto Pons y Justo Serna, *Doce lecciones sobre la historia*, Cátedra, Madrid, 2001]. Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science*, Hachette, Paris, 1994.

hipótesis, ni hecho sin preguntas. Los documentos sólo hablan si se les pide que verifiquen, es decir, que comprueben la verdad de semejante hipótesis. Interdependencia, por tanto, entre hechos, documentos y preguntas: «Es la pregunta, escribe A. Prost, la que construye el objeto histórico procediendo a un recorte original en el universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles» (*Douze Leçons sur l'histoire*, p. 79). El autor concuerda así con la aserción de Paul Veyne que caracteriza el trabajo actual de los historiadores por la «ampliación del cuestionario». Pero lo que suscita este alargamiento es la formación de hipótesis que se refieren al lugar del fenómeno interrogado dentro de encadenamientos que ponen en juego la explicación y la comprensión. La pregunta del historiador, afirma también nuestro autor, «no es una pregunta desnuda; es una pregunta armada que conlleva cierta idea de las fuentes documentales y de los procedimientos de investigación posibles» (*op. cit.*, p. 80). Huella, documento, pregunta forman así el trípode básico del conocimiento histórico. Esta irrupción de la pregunta proporciona la ocasión de echar una última mirada a la noción de documento elaborado anteriormente a partir de la de testimonio. Considerado en el conjunto de las preguntas, el documento se aleja continuamente del testimonio. Nada es en cuanto tal documento, aunque cualquier residuo del pasado sea potencialmente huella. Para el historiador, el documento no es dado simplemente, como podría sugerir la idea de huella. Es buscado y encontrado. Más aún, es circunscrito y, en este sentido, constituido, instituido documento, mediante el cuestionamiento. Para un historiador todo puede devenir documento; desde luego, los restos procedentes de las excavaciones arqueológicas y otros vestigios, pero de modo más claro las informaciones tan diversas como las tarifas del mercado, curvas de precios, registros parroquiales, testamentos, bancos de datos estadísticos, etc. Se convierte así en documento todo cuanto puede ser interrogado por un historiador con la idea de encontrar en él una información sobre el pasado. Entre los documentos hay muchos que no son testimonios. Las series de ítems homogéneos de los que se hablará en el capítulo siguiente ni siquiera son asignables a lo que Marc Bloch llamaba testigos involuntarios. La misma caracterización del documento por la interrogación que se le aplica equivale a una categoría de testimonios no escritos, los testimonios orales grabados: de ellos hace un gran consumo la microhistoria y la historia del tiempo presente. Su función es importante en el conflicto entre la memoria de los supervivientes y la historia ya escrita. Ahora bien, estos testimonios orales sólo constituyen docu-

mentos una vez registrados; dejan la esfera oral para entrar en la de la escritura y se alejan así de la función del testimonio en la conversación ordinaria. Se puede afirmar entonces que la memoria está archivada, documentada. Su objeto ha dejado de ser un recuerdo, en el sentido propio del término, es decir, retenido en una relación de continuidad y de apropiación respecto a un presente de conciencia.

Segunda pregunta: ¿qué es lo que, en este estadio de la operación historiográfica, puede tenerse por probado? La respuesta es clara: un hecho, unos hechos, susceptibles de ser enunciados en proposiciones singulares, discretas, que incluyen, la mayoría de las veces, mención de fechas, de lugares, de nombres propios, de verbos de acción o de estado. Aquí acecha una confusión: la confusión entre hechos probados y acontecimientos sobrevenidos. Una epistemología vigilante pone en guardia aquí contra la ilusión de creer que lo que se llama hecho coincide con lo que sucedió realmente, incluso con la memoria viva que de él tienen los testigos oculares, como si los hechos durmiesen en los documentos hasta que los historiadores los extrajesen de ellos. Esta ilusión, contra la que luchaba Henri Marrou en *De la connaissance historique*⁵⁸, mantuvo largo tiempo la convicción de que el hecho histórico no difiere fundamentalmente del hecho empírico en las ciencias experimentales de la naturaleza. No sólo se trata de resistir, cuando se hable más tarde de la explicación y de la representación, a la tentación de disolver el hecho histórico en la narración y ésta en una composición literaria indiscernible de la ficción, sino que también hay que rechazar la confusión inicial entre hecho histórico y acontecimiento real rememorado. El hecho no es el acontecimiento, devuelto a su vez a la vida de la conciencia testigo, sino el contenido de un enunciado que intenta representarlo. En este sentido, habría que escribir siempre: el hecho de que esto o aquello aconteció. Así entendido, se puede afirmar que el hecho se construye por el procedimiento que lo separa de una serie de documentos de los que se puede decir, en cambio, que son su fundamento. Esta reciprocidad entre la construcción (mediante el procedimiento documental complejo) y la fundamentación del hecho (sobre la base del documento) expresa el estatuto epistemológico específico del hecho histórico. Es este carácter proposicional del hecho histórico (en el sentido de 'hecho de que') el que rige la modalidad de verdad o de falsedad

58. Henri-Irénée Marrou, *De la connaissance historique*, Seuil, Paris, 1954; reedición, 1975 [trad. cast., *Del conocimiento histórico*, Per Abbat, Buenos Aires, 1985].

vinculada al hecho. Los términos verdadero/falso pueden tomarse legítimamente en este nivel en el sentido popperiano de lo refutable y de lo verificable. Es verdad o es falso que se utilizaron en Auschwitz cámaras de gas para matar a tantos judíos, polacos, gitanos. La refutación de negacionismo tiene lugar en este nivel. Por eso, era tan importante delimitar correctamente este nivel. En efecto, esta calificación veritativa de la «prueba documental» no se encontrará en los niveles de la explicación y de la representación, en los que el carácter popperiano de verdad se hará cada vez más difícil de aplicar.

Se objetará aquí el uso que los historiadores hacen de la noción de acontecimiento, ya para mantenerlo al margen debido a su brevedad y a su fugacidad, y más aún a su vínculo privilegiado con el nivel político de la vida social, ya para saludar su vuelta. Que se lo trate como sospechoso o como huésped bienvenido tras una larga ausencia, el acontecimiento puede figurar en el discurso histórico por su carácter de referente último. Responde a la siguiente pregunta: ¿de qué se habla cuando se dice que algo aconteció? No sólo no rechazo este estatuto de referente, sino que abogo por él a lo largo de toda esta obra. Y es para preservar este estatuto de contrapartida del discurso histórico por lo que yo distingo el hecho en cuanto «la cosa dicha», el qué del discurso histórico, del acontecimiento en cuanto «la cosa de la que se habla», el «a propósito de qué» es el discurso histórico. En este aspecto, la aserción de un hecho histórico marca la distancia entre lo dicho (la cosa dicha) y el objetivo referencial que, según la expresión de Benveniste, revierte el discurso al mundo. El mundo, en historia, es la vida de los hombres del pasado tal como fue. Es de esto de lo que se trata. Y la primera cosa que se dice de ello es que eso aconteció. ¿Tal como se dice? Ésa es toda la pregunta. Y nos acompañará hasta el final del estadio de la representación en el que ella encontrará, si no su resolución, al menos su formulación exacta con la rúbrica de representancia⁵⁹. Hasta entonces, hay que dejar en la indeterminación la verdadera relación entre hecho y acontecimiento, y permitir cierta indiscriminación en el uso indistinto de los términos por parte de los mejores historiadores⁶⁰.

59. Cf. después, capítulo 3, § 4, pp. 366-376.

60. En el artículo de P. Nora «Le retour de l'événement», en J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'histoire*, cit., t. I, pp. 210-228, se trata fundamentalmente del estatuto de la historia contemporánea, y, por tanto, de la proximidad del pasado referido al presente histórico, en un tiempo como el nuestro en el que el presente es vivido «como lleno de un sentido ya «histórico»» (Nora, art. cit., p. 210). Es este peso del presente

Por mi parte, pienso honrar el acontecimiento considerándolo como la contrapartida efectiva del testimonio en cuanto categoría primera de la memoria archivada. Cualquier especificación que se pueda aportar o imponer posteriormente al acontecimiento, principalmente con relación a las nociones de estructura y de coyuntura, que colocan el acontecimiento en una tercera posición respecto a otras nociones conexas, el acontecimiento, en su sentido más primitivo, es aquello a propósito de lo cual alguien atestigua. Es el emblema de todas las cosas pasadas (*praeterita*). Pero lo dicho del decir del testimonio es un hecho, el hecho de que... Precisemos: el «de que» apuesto a la aserción del hecho mantiene en reserva el objetivo intencional que será tematizado al final del recorrido epistemológico bajo el signo de la pertenencia. Solo una semiótica inapropiada al discurso histórico mantiene la negación del referente en provecho del binomio exclusivo constituido por el significante (na-

sobre el «hacer la historia» el que autoriza a decir que «la actualidad, esa circulación generalizada de la percepción histórica, culmina en un fenómeno nuevo: el acontecimiento» (art. cit., p. 211). Su aparición puede incluso datarse: desde el último tercio del siglo XIX. De lo que se trata es del «advenimiento rápido de este presente histórico» (*ibid.*). Lo que se reprocha a los «positivistas» es haber hecho del pasado muerto, separado del presente vivo, el campo cerrado del conocimiento histórico. Que el término «acontecimiento» no designa la cosa ocurrida, encuentra confirmación en el simple hecho de hablar de la «producción del acontecimiento» (art. cit., p. 212) y de las «metamorfosis del acontecimiento» (art. cit. p. 216); de lo que se trata es del suceso aprehendido por los medios de comunicación. Al hablar de acontecimientos como la muerte de Mao Tsé-Tung, Nora escribe: «El hecho de que hayan ocurrido no los hace más que históricos. Para que haya acontecimiento, debe ser conocido» (art. cit., p. 212). La historia compite, pues, con los medios de comunicación, el cine, la literatura popular y todos los vectores de la comunicación. Algo del testimonio directo retorna aquí al grito de «yo estaba allí». «La modernidad segrega el acontecimiento, a diferencia de las sociedades tradicionales que tenían más bien tendencia a enrarecerlo», escribe Nora (art. cit., p. 220). En mi terminología, sería acontecimiento lo que Nora llama histórico, el haber acontecido. Y yo pondría del lado del hecho lo que él llama acontecimiento y que su íntimo vínculo con «su significación intelectual» acerca a «una primera forma de elaboración histórica» (Nora, art. cit., p. 216). «El acontecimiento, dice el autor, es lo maravilloso de las sociedades democráticas» (art. cit., p. 217). Al mismo tiempo se denuncia «la paradoja del acontecimiento» (art. cit., p. 222): con su aparición sube a la superficie la profundidad escondida de lo no-episódico. «El acontecimiento tiene como virtud anudar en haces significaciones dispersas» (art. cit., p. 225) «Corresponde al historiador desatarlos para volver de la evidencia del acontecimiento a la evidencia del sistema. Pues la unicidad, para que se haga inteligible, exige siempre la existencia de una serie que la novedad hace surgir» (*ibid.*). De este modo, vemos el acontecimiento —«el acontecimiento contemporáneo»— entregado con pesar a las dialécticas fomentadas por los enemigos del acontecimiento, los abogados de la estructura.

rrativo, retórico, imaginativo) y el significado (el enunciado del hecho). A la concepción binaria del signo heredada de la lingüística saussuriana, quizás ya mutilada, opongo la concepción triádica del significante, del significado y del referente. Propondré, en otro lugar, una fórmula tomada de Benveniste según la cual el discurso consiste en que alguien dice algo a alguien sobre algo según unas reglas⁶¹. En este esquema, el referente es lo simétrico del emisor, a saber, el historiador y, antes que él, el testigo presente a su propio testimonio.

Quisiera echar una última ojeada a la relación entre el punto de partida de este capítulo —el testimonio— y su punto de llegada —la prueba documental—, en el haz de luz y de sombra proyectado sobre toda la empresa por el mito del *Fedro* que habla de la invención de la escritura. Si las nociones de huella y de testimonio garantizan la continuidad del paso de la memoria a la historia, la discontinuidad vinculada a los efectos de distanciaci3n que acabamos de establecer desemboca en una situaci3n de crisis general en cuyo interior viene a situarse la crisis espec3fica vinculada al testimonio intempestivo de los supervivientes de los campos de concentraci3n. Esta crisis general da al problema del *pharmakon* que aparece constantemente en nuestro estudio una coloraci3n precisa. Lo que la cr3tica hist3rica cuestiona, en el plano de la prueba documental, es el car3cter fiduciario del testimonio espont3neo, a saber, el movimiento natural de poner su confianza en la palabra o3da, en la palabra de otro. Se abre as3 una verdadera crisis. La crisis de la creencia, que autoriza a considerar el conocimiento hist3rico como una escuela de la sospecha. No es s3lo la credulidad la que se pone aqu3 en la picota, sino la fiabilidad, inmediatamente, del testimonio. Crisis del testimonio: es la manera rigurosa de la historia documental de contribuir a la curaci3n de la memoria, de proseguir con el trabajo de rememoraci3n y con el trabajo de duelo. Pero ¿se puede dudar de todo? ¿No es cierto que, en la medida en que confiamos en tal testimonio, podemos dudar de tal otro? ¿Se puede soportar, o incluso pensar, una crisis general del testimonio? ¿Puede romper la historia todas sus amarras con la memoria declarativa? El historiador responder3a sin duda que la historia, en resumidas cuentas, refuerza el testimonio espont3neo mediante la cr3tica del

61. É. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, Paris, 1966 [trad. cast. de Juan Almela, *Problemas de lingüística general* I y II, Siglo XXI, México, 1971-1972].

testimonio, a saber, la confrontación entre testimonios discordantes, con vistas a establecer un relato probable, plausible. Sin duda; pero la pregunta sigue presente: ¿la prueba documental es más remedio que veneno para los fallos constitutivos del testimonio? Dependerá de la explicación y de la representación aportar algún alivio a este desconcierto, mediante el ejercicio mesurado del debate y el refuerzo de la atestación⁶².

62. Hay historiadores que han sabido encontrar en los archivos un eco de las voces apagadas, como Arlette Farge en *Le Goût de l'archive*, Seuil, Paris, 1989. A diferencia del archivo judicial que «presenta un mundo fragmentado», el archivo de los historiadores escucha el eco de «esas quejas irrisorias a propósito de acontecimientos irrisorios, en los que unos discuten por una herramienta robada y otros por el agua sucia que mancha sus vestidos. Signos de un desorden pequeño que dejaron huellas, ya que dieron lugar a informes e interrogatorios, esos hechos íntimos, en los que no se dice casi nada y en los que, sin embargo, tantas cosas terminan por conocerse, son lugar de investigación y de búsqueda» (p. 97). Esas huellas son, en el sentido riguroso de los términos, «palabras captadas» (*ibid.*). Sucede, pues, que el historiador no es el que hace hablar a los hombres de otro tiempo sino el que los deja hablar. Entonces, el documento remite a la huella, y la huella, al acontecimiento.